

JORNADA PRIMERA

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Pais desolado y frío. Es de noche. Entra en escena ATENAIDA, presurosa, y tras ella viene ARIMÁN.

ATENAIDA es una joven agraciada, esbelta, vestida con modesta corrección provinciana; lleva en su mano una maletita de viaje. El DOCTOR ARIMÁN es un diablo con apariencias inequívocas de personalidad humana: alto, escueto, ojos muy vivos, nariz de caballete, boca risueña. Componen su atavío un balandrán obscuro que le cubre hasta los pies, y un gorro de piel redondo sin visera. Bastonea con un deforme paraguas verdinegro.

ARIMÁN

Atenaida, oiga usted, acorte el paso.

ATENAIDA

(Mirándole sin detenerse.) ¡Ah! El doctor Arimán. Dispénseme; tengo mucha prisa. Voy á tomar el tren mixto en la estación de Valflorido. (Óyese el silbato del tren, que se aproxima.)

ARIMÁN

Allá voy yo también; tenemos tiempo.

ATENAIDA

Prefiero esperar al tren á que él me espere á mí. (Siguen andando juntos.)

ARIMÁN

¿Va usted á Ursaria?

ATENAIDA

Allá voy.

ARIMÁN

Ya sé que le ha salido á usted una buena colocación.

ATENAIDA

Sí; un señor de los más acaudalados de Ursaria me ha confiado la educación de sus niñas.

ARIMÁN

Ya lo sé.

ATENAIDA

Usted lo sabe todo. (Llegan á la estación. El tren no está lejos.)

ARIMÁN

Ursaria es una capital deliciosa, metrópoli de esta Farsalia-Nova, país de cucaña. Como aquí no se conoce la justicia, los aventureros y desahogados están en grande.

ATENAIDA

Ya llega el tren; voy á buscar sitio.

ARIMÁN

Y yo á buscar á unos amigos que vienen aquí para reunirme con ellos.

ESCENA II

En el tren.

ATENAIDA, que ocupa un asiento en coche de segunda junto á la ventanilla, se adormece arrullada por el traqueteo del tren. De pronto abre los ojos, y ve que en el asiento frontero está sentado ARIMÁN con dos amigos. Estos son NADIR y ZAFRANIO, diablejos que se presentan ante el mundo con apariencia de mozalbetes casquivanos.

ARIMÁN

(Afectuoso.) En su nueva colocación, Atenaida, no le faltará trabajo. Domar señoritas huérfanas de madre; pulimentar sus entendimientos bravios; prepararlas para el matrimonio... Estará usted en sus glorias. Es usted la criatura más laboriosa que se ha conocido, pues para usted el descanso es... algo como un estado morboso.

ATENAIDA

(Secamente.) Trabajo de continuo, más que por virtud, por horror á la ociosidad.

ARIMÁN

(A sus amigos.) Aprended, juventud frívola.

NADIR

Ya aprendemos, maestro, y admiramos á la señorita Atenaida.

ZAFRANIO

La hemos conocido en Toledo, regentando una escuela de ochenta niñas. (Atenaida, queriendo esquivar la conversación con aquellos hombres, les da las gracias con leve movimiento de cabeza; saca de su maletita un libro, y lee.)

ARIMÁN

(Lisonjero, con exquisita amabilidad.) Esta ejemplar criatura no pierde ripio; hasta los momentos soporíferos del tren los aprovecha para instruirse.

NADIR

Eso no es instruirse, es rezar.

ARIMÁN

¿Qué sabéis vosotros, tontainas? Lo que lee nuestra linda compañera de viaje es el Tratado de la Conciencia. Atenaida practica el principio de subordinar sus acciones al fuero interno. Es el mejor sistema para ponerse á tono con la armonía universal.

ATENAIDA

(Burlona.) Doctor, déjeme en paz; usted me abruma con sus lisonjas. Yo no soy más que una mujer vulgar...

ARIMÁN

No se me oculta que usted es una mujer extraordinaria.

ATENAIDA

Qué risa.

ARIMÁN

El culto de la conciencia y el trabajo nunca interrumpido, conducen á la sabiduría del bien y del mal.

ATENAIDA

Esa sabiduría no la tengo yo.

ARIMÁN

La tiene usted aunque no lo diga. (Atenaida sigue leyendo.) Noto que rehuye usted el hablar conmigo; pero soy algo machacón, y aunque usted sostiene que yo lo sé todo, no es verdad, amiga mía: ignoro muchas cosas, y si usted me lo permite le haré una pregunta.

ATENAIDA

(Con cierto hastío.) Pregunte lo que quiera.

ARIMÁN

¿Qué sabe usted de Alejandro, el buen Marqués de Rodas?

ATENAIIDA

Tiempo ha que no le veo; según tengo entendido, hoy padece más que nunca la fiebre de los negocios, y éstos le van bastante mal.

ARIMÁN

Yo pensé que al enviudar se casaría con usted. Me consta que usted le amaba y era tiernamente correspondida. Por su desvío, ¿no le guarda usted rencor?

ATENAIIDA

No soy rencorosa; Alejandro es bueno, es honrado, y observa las leyes morales y sociales con un rigor absoluto.

ARIMÁN

Por eso le salen torcidos todos los negocios. ¿Vive en Ursaria?

ATENAIIDA

Tal vez; pero no puedo asegurarlo.

ARIMÁN

Pues si reside en la capital, allí encontrará medios para enderezar sus negocios y recuperar los caudales perdidos.

ATENAIIDA

No lo sé. Lo que sí aseguro es que Alejandro no se apartará jamás de la Razón y la Verdad.

ARIMÁN

Yo conozco bien la sociedad de Ursaria. En otro tiempo Alejandro fué muy amigo del caballero cuyas niñas va usted á educar. Es probable que los que antes fueron amigos lo sean ahora también. Y á propósito: en aquella casa hallará usted buena ocasión de labrarse un sólido porvenir.

ATENAIIDA

(Sorprendida.) ¿Yo? ¿Cómo?

ARIMÁN

Don Dióscoro de la Garfia es viudo... y viudo aburrido de su soledad. Si usted tiene arte y sutileza, podrá pasar de institutriz á señora de la casa.

ATENAIIDA

Usted bromea, doctor.

ARIMÁN

Y don Dióscoro tiene un hermano llamado Pánfilo, que también es viudo y cansado de su soledad. Usted, Atenaida, está dotada de encantos físicos y espirituales, y si á esta fuerza na-

tiva añade usted un poco de estrategia coquetil, podrá conquistar el tálamo de cualquiera de los dos hermanos.

ATENAIDA

¡Qué cosas se le ocurren á este doctor!

ARIMÁN

Ambos hermanos son ricos, ó lo parecen. Ursaria es en estos tiempos terreno fecundo para los hambrientos y sedientos de fáciles provechos.

ATENAIDA

Por lo que usted dice, en Ursaria domina la mentira, y yo...

ARIMÁN

Usted tiene su entendimiento empapado en ese libro que hace un rato leía. Pero fijese bien en lo que le digo, amiga mia. En ese libro falta un capítulo, que se titula: *De la Elasticidad de la Conciencia*.

ATENAIDA

¡Oh! no. (Acorta el tren su marcha. Arimán y sus amigos se levantan.)

ARIMÁN

Si el capítulo no existe, invéntelo usted y no se arrepentirá de ello.

ATENAIDA

¿Se quedan ustedes en esta estación?

ARIMÁN

Sí; es la estación de Yeserías. Como profesor de Química, tengo que dar un informe sobre la salubridad de las excavaciones.

ATENAIDA

Bueno. Adiós.

ARIMÁN

Es fácil que nos veamos en Ursaria. Agur. (Al parar el tren, Arimán y sus amigos desaparecen. Atenaida cae en profunda meditación.)

Sin detenerse en la estación de Yeserías, Arimán, Nadir y Zafranio, se escabullen por angosto sendero, y después de recorrer silenciosos distancia no inferior á cuatro kilómetros, llegan á un cerro calvo, desnudo de toda vegetación. La noche, sin luna, es de una serenidad majestuosa; brillan en el cielo los planetas y las constelaciones con fulgor espléndido. A poco de vagar con paso lento por aquella soledad, los tres seres diabólicos divisaron bultos negros, sin duda mujeres acurrucadas; entre ellas fugaces llamaradas de fuegos fatuos. Oyese lejano graznido de cuervos.

ESCENA III

ARIMÁN, CELESTE, bruja.

ARIMÁN

Ya están aquí esas idiotas; seguid vosotros hacia las excavaciones y entretened á las comadres con algunas ceremonias que den regocijo á sus corazones amojamados; yo busco á esa que

adereza sus enredos con parrafadas de una filosofía hueca... esa que responde por Celeste, aunque su verdadero nombre es Celestina. Ya me ha visto, y brincando como una cabra loca viene hacia mí. Seguid vosotros, y dejadme solo con ella. (Vanse los amigos.) Ya te veo, Celestina...

CELESTE

Perdona, ¡oh Príncipe!, si por centésima vez te suplico que no me des ese nombre; pues si es cierto que con el crisma me lo aplicaron, yo reniego de él, porque el vano vulgo lo usa para designar á las que practican el vil oficio proxenético, sin elevarse á los filosóficos principios que yo empleo para conquistar almas y llevarselas al señor tuyo y mío. Llámame Celeste, nombre suave y peregrino, que me da calidad y metimiento en mi trato con los mortales.

ARIMÁN

Pues te llamo Celeste, y añado que esta noche no vengo más que á platicar contigo.

CELESTE

(Avanza, y desenvolviendo su manto negro muestra su cuerpo larguirucho cubierto de un luengo camisón. Su rostro es escuálido; boca desdentada, nariz corva y ojos de buho.) Noches ha, Señor, que he venido á buscarte á este campo de nuestros sagrados ritos.

En vano te esperé, y mi desconsuelo fué tan grande como es esta noche mi alegría. Déjame que te adore...

ARIMÁN

(Echándose al suelo, apoyado el codo en tierra y la cabeza en la mano.) No vengo á que me adores; apártate.

CELESTE

Adorarte quiero. Déjame que te bese el tafanario.

ARIMÁN

Suprime esta noche el ósculo de acatamiento.

(Apártala con suavidad. Celeste se acurruca junto á él; el cuervo familiar de la bruja se le sube al hombro y grazna como tomando parte en la conversación.) Suprimamos el rito y hablemos de cosas del mundo.

CELESTE

¡Oh, el mundo! Por un lado, los tiólogos, atrapando á la gente rica con el cebo de la bienaventuranza eterna; por otro, los filósofos, con su jerigonza materialista, han puesto á la humanidad en tal estado de corrupción, que poco tendrá que discurrir nuestro Señor Satán para hacerla suya. (Lanza el cuervo un fuerte graznido.)

ARIMÁN

No estás en lo cierto. Tu mucho saber de filosofías marchitas y de místicas zarandajas te ha-